

Mi madre siempre se esforzó para que amara Jaén. Solía llevarme a la recogida de la aceituna, y no faltaba día en que no hubiera un plato de ellas listo para degustar entre comidas. Solía visitar el castillo de Santa Catalina justo cuando el sol estaba a punto de desaparecer, jurando que, desde ahí, podía ver que la ciudad tiene forma de reptil. Siempre hablaba de “reventar como Lagarto”, y del terrible peligro que, según la leyenda, acechaba en el barrio de la Magdalena. Pedía cuatro o cinco ochíos en la panadería, asegurándose que siempre hubiera uno para mí, aunque le repetí incontables veces que no me gustaba esa cosa.

Siempre se esforzó para que amara Jaén, y yo, cuando ella empezaba a hablar, volteaba los ojos y me cruzaba de brazos. “Un pueblucho que no tiene nada”, pensaba.

Poco a poco, con el pasar del tiempo hablaba cada vez menos de Jaén. Cuando comenzaba una historia, de las típicas que me repetía desde que era un crío, de repente, olvidaba cómo continuarla y, avergonzada, decidía parar. A veces, fastidiado (pero conmovido), le recordaba cómo seguía, para que tuviera el gusto de terminar su relato. Ella me sonreía y, entusiasmada, continuaba con su propaganda para guiris, digna de cualquier oficina de turismo.

Con los años las historias fueron cada vez menos. Olvidaba detalles e, incluso, confundía cosas. Ya no era tan usual encontrar un ochío para mí encima del microondas.

Ahora ya no relata nada, no desde que le avisaron que su Alzheimer era cada día más crónico. Hoy soy yo el que le cuenta las increíbles historias de lagartos y castillos, y el que trata de impresionarla con los secretos de la maravillosa ciudad, con tal de verla sonreír cual niña emocionada.

Mi madre siempre se esforzó para que amara Jaén, y, contra todos los pronósticos, lo logró. Quizás ese siempre fue su plan, pues, curiosamente, ahora soy yo el que se esfuerza para recordarle a ella, todos los días, cuanto lo amó...

Luis Enrique Castro Fernández.